



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.—Queda
hecho el depósito que mar-
ca la Ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Imp. y Lib.
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm. 3.074.

NUEVOS
ESTUDIOS LITERARIOS

CARTA A LA JUVENTUD

Edico este estudio á la juven-
tud, á esta misma juven-
tud que hoy tiene veinte años
y que constituirá la socie-
dad de mañana. Dos sucesos acaban
de verificarse: la reaparición (1) del
Ruy Blas en la Comedia Francesa y
la solemne recepción de M. Renan en
la Academia. Ambos han producido
mucho ruido; el entusiasmo ha esta-
llado; la prensa ha hecho sonar to-
das sus trompetas en honor del genio

(1) Traducimos reaparición por *reprise*.

nacional, y se ha dicho que semejantes acontecimientos deben consolarnos de nuestros desastres y asegurarnos los futuros triunfos. Ha habido una verdadera deserción hacia lo ideal, y la gente se ha elevado sobre la tierra, como si la poesía tomara su desquite contra el espíritu científico.

Encuentro claramente expuesta la cuestión en *La République Française*: «Paris—dice—acaba de dar al mundo el espectáculo de dos grandes fiestas intelectuales que constituirán un timbre de gloria para esta Francia esclavizada y liberal, representada por nuestro querido París.

»La recepción de M. Ernesto Renan en la Academia, la reaparición del *Ruy Blas* en la Comedia Francesa, pueden justamente ser consideradas como dos sucesos de los cuales nos debe ser permitido enorgullecernos... Hay entre nosotros gente joven que lucha por abrirse camino, que marcha en línea recta, á la aventura, ávidos de nove-

dades, vanagloriándose con la sencillez de la inexperiencia de sobrepajar el mérito de sus antecesores en el dominio sin límites del arte y buscando la lucha con la naturaleza. Es cierto: hay algunas personas que, confiando demasiado en sus fuerzas, han declarado la guerra al idealismo; pero serán vencidos indudablemente. Se puede predecir su derrota después de la velada de anteanoche en la Comedia Francesa.»

Es necesario, para comprender estas frases de periódico, aclararlas un poco. Entiéndase que la gente joven aludida son los escritores naturalistas, aquellos que se inspiran en el movimiento científico del siglo y que rinden culto á la observación y al análisis. El periodista autor de las líneas citadas hace constar que estos escritores han declarado la guerra á lo ideal, y predice que serán vencidos por el lirismo, por la retórica romántica. Nada más terminante. Se aplauden una noche los

hermosos versos de Víctor Hugo: he aquí, pues, anulado el movimiento científico del siglo, he aquí suprimidos el análisis y la observación.

Citaré otros documentos á fin de precisar aún más la cuestión que voy á estudiar. M. Renan, al comenzar su discurso de recepción, queriendo halagar á la Academia y olvidando su antigua admiración por Alemania, ha dicho: «Desconfiad de una cultura que no hace al hombre ni más agradable ni más bueno. Yo temo que esas razas—muy serias sin duda, puesto que nos reprochan nuestra ligereza—sufran un desengaño al alentar la esperanza de ganar el favor universal por otros procedimientos que los que hasta ahora han rehusado. Una ciencia pedantesca y sin sólida base, una literatura monótona, una política artera, una alta sociedad sin brillo, una nobleza sin espíritu de clase, unos grandes capitanes sin gloria, unos gentiles hombres sin cortesía, no destruirán seguramen-

te el recuerdo de esta vieja sociedad francesa, tan brillante, tan espiritual, tan agradable.» A todo esto ha contestado la *Gaceta Nacional de Berlín*: «Las naciones de Europa están empeñadas en una lucha de rivalidad sin tregua: la que no camine hacia adelante quedará rezagada. Toda nación que piense dormir sobre los laureles conquistados, será condenada desde ese instante á la decadencia y á la muerte.» Esta es la verdad y esto es lo que ha de tener en cuenta la nación francesa. Pero le hacen falta para esto hombres serios y no aduladores. Nosotros consideramos, ante todo, como nuestro verdadero amigo á aquel que nos enseña á guardarnos de lo que nos inspira más temor: el vacío en el dominio material é intelectual. Por experiencia conocemos la consecuencia inevitable.

Pues bien: yo afirmo que todo francés buen patriota debe reflexionar sobre estos documentos. No hablo del patriotismo de gran parada que se en-

vuelve en una bandera y que rima odas y cantatas; hablo del patriotismo de los hombres de estudio y de ciencia, estudio y ciencia que buscan el engrandecimiento de la patria por medios prácticos. Es cierto: M. Renan tiene razón; hemos tenido y tenemos todavía mucha gloria, pero escuchad esta frase terrible: «Aquel que no camine hacia adelante quedará rezagado.» ¿No se refleja en esta frase el nuevo espíritu del siglo? El siglo xx será el siglo del análisis universal, del espíritu de la verdad transformando las sociedades; y si queremos que el mañana nos pertenezca, es necesario que seamos hombres nuevos, marchando al porvenir por el método, por la lógica, por el estudio y la posesión de lo real. Aplaudir una retórica, entusiasmarse por lo ideal, esto no es, después de todo, más que bellas emociones nerviosas; las mujeres lloran cuando escuchan la música. Hoy tenemos necesidad de la virilidad que lo

verdadero entraña, y sólo así seremos gloriosos en el porvenir como lo hemos sido en el pasado.

He aquí lo que yo trato de demostrar á la juventud. Yo quisiera inspirarla el odio por la frase y la desconfianza de los saltos al cielo, que son muy peligrosos. Nosotros, que no creemos más que en los hechos, que resolvemos todos los problemas por medio del estudio de los documentos, hemos sido acusados de suciedad, y todos los días oímos que se nos llama corruptores. Es tiempo ya de probar á la generación nueva que los verdaderos corruptores son los retóricos, y que suelen caer en el lodo á cada salto hacia lo ideal.

I

Las naciones honran á sus grandes hombres. Se muestran ante todo reconocidas á los escritores ilustres que

dejan monumentos imperecederos en la lengua. Homero y Virgilio han quedado en pié sobre las ruinas de Grecia y de Roma. Por esto el monumento poético de Victor Hugo será indestructible, y nuestro siglo debe sentirse orgulloso de esta construcción soberbia que fijará la lengua francesa y la llevará hasta los siglos más lejanos. Bajo este concepto, nunca encontraremos palabras bastantes para alabar al poeta. Victor Hugo es grande entre los grandes. Ha sido un retórico admirable, y quedará como rey indiscutible de los poetas líricos.

Pero es necesario distinguir. Al lado de la forma de la rima y de las palabras, al lado del monumento puramente lingüístico está la filosofía de la obra. Puede traer la verdad ó el error; es el producto de un método, y constituye fatalmente una fuerza que hace avanzar al siglo ó es causa de un retroceso. Si aplaudo á Victor Hugo como poeta, lo discuto como pensador, como

educador. No solamente su filosofía me parece oscura, contradictoria, formada por sentimientos y no por verdades, sino que la encuentro perjudicial, de una detestable influencia sobre la generación, porque conduce á la juventud á todas las mentiras del lirismo, á todos los desequilibrios cerebrales que produce la exaltación romántica.

Acabamos de verlo en la representación del *Ruy Blas* que tanto entusiasmo ha producido. Es al poeta, al retórico soberbio á quien se ha aplaudido. Ha rejuvenecido la lengua, le ha dado los resplandores del oro y la sonoridad del bronce. En ninguna literatura conozco una poesía más amplia ni más sabia, de un aliento más lírico, de una vida más intensa. Mas nadie seguramente ha admirado la filosofía, la verdad de la obra. Si se separan los admiradores vocingleros, aquellos que quieren hacer de Victor Hugo un hombre universal, un pensador tan grande como el poeta, todo el mundo se en-

coge de hombros ante las inverosimilitudes del *Ruy Blas*. Es necesario tomar este drama como un rico paño, sobre el cual el autor ha bordado una maravillosa poesía. Desde que se le examina bajo el punto de vista de la historia y de la lógica humana; desde que se trata de averiguar las verdades prácticas, los hechos, los documentos, se entra en un verdadero caos de errores y de mentiras, se cae en la vida de la demencia lírica. Lo más singular es que Victor Hugo tiene la pretensión de *ocultar* un símbolo bajo el lirismo del *Ruy Blas*. Es necesario leer el prefacio y ver cómo en el espíritu del autor esa pasión amorosa de una reina personifica al pueblo aspirando á la libertad, en tanto que *D. Salustio* y *D. César de Bazán* representan la nobleza de una monarquía agonizante. Sabido es que los símbolos se prestan fácilmente á todo, se les pone donde se quiere y se les da la significación que se desea.

Ved el pueblo sin *Ruy Blas* en ese lacayo de fantasía que ha estado en el colegio, que ha compuesto odas antes de vestir la librea, que no ha cogido jamás una herramienta, y que en lugar de aprender un oficio, toma tranquilamente el sol ó tiene amores con duquesas y reinas. *Ruy Blas* es un bohemio, un *declassé*, un inútil; jamás el pueblo ha sido así. Admitamos, sin embargo, por un instante, que sea la genuina representación del pueblo, examinemos su conducta, tratemos de saber dónde va. Aquí todo se desequilibra. El pueblo arrastrado por la nobleza á amar á una reina, el pueblo convertido en gran ministro y perdiendo el tiempo en hacer discursos, el pueblo matando á la nobleza y envenenándose en seguida, ¿qué galimatías es éste? ¿En qué para el famoso símbolo? Si el pueblo se mata estúpidamente sin causa alguna después de haber suprimido á la nobleza, la sociedad se acaba. Se observa al momento la mez-

quindad de este enredo extravagante que constituye una verdadera locura desde el momento en que el poeta se empeña en hacer que signifique algo serio. No insistiré sobre las enormidades del *Ruy Blas*, bajo el punto de vista del buen sentido y de la simple lógica. Como poema lírico, vuelvo á repetirlo, la obra es de una factura maravillosa; mas no es posible buscar algo más en ella; no hay documentos humanos, método analítico, sistema filosófico. Es pura música y nada más.

Llego á un segundo punto. *Ruy Blas*, se dice, significa un movimiento hacia lo ideal, y por lo tanto produce una infinidad de preciosos efectos; engrandece las almas, enaltece las buenas acciones y conforta y anima. ¡Es una mentira! Pero ¡qué importa si se nos saca de la vida vulgar y se nos lleva á la región de los sueños, si se respira lejos de las obras inmundas del naturalismo! Llegamos al punto más delicado de la querella. Sin tratarla toda-

vía á fondo, veamos lo que hay de virtuoso y honroso en el *Ruy Blas*. Es necesario primero descartar á *D. Salustio* y á *D. César*. El primero es Satán, como dice el mismo Víctor Hugo; en cuanto al segundo, á pesar de su respeto caballeresco por la mujer, hace gala de una moralidad dudosa. Pase-mos á la reina. Esta reina se conduce muy mal tomando un amante; yo sé muy bien que la pobre se fastidia, y que su marido tiene la debilidad de cazar demasiado; pero verdaderamente, si todas las mujeres que se fastidian se echaran en brazos de un amante, sería cuestión de encontrar un adulterio en cada familia. En fin, he aquí á *Ruy Blas* que no es más que un caballero de industria, que en la vida real tendría un puesto en la *Cour d'Assises*. Es un lacayo que ha aceptado los amores de una reina por la mediación de *Don Salustio*, y que consiente en este engaño, que ha de parecer repugnante al espectador, porque *D. César*, el amigo de

los ladrones, acaba de convencerle en soberbias tiradas de versos; hace más aún, roba un nombre que no le pertenece; lleva este nombre falso durante un año, engaña á una reina, á una corte entera, á todo un pueblo, y comprende tan perfectamente su traición y la infamia de su conducta, que acaba por envenenarse. Este hombre no es, pues, más que un libertino, un canalla. Mi alma no se engrandece en su compañía, es más, mi alma siente un verdadero desagrado, porque yo, á pesar mío, me separo de los versos del poeta, y considero los hechos: miro al lacayo en brazos de la reina, y no lo encuentro propio. En el fondo, el *Ruy Blas* no es más que una monstruosa aventura, en la cual se unen el *boudoir* y la cocina. Aunque Victor Hugo se empeñe en trasladar su drama á las regiones del lirismo, la realidad que se encuentra es una realidad infamante. A pesar de los versos, los hechos se imponen; esta historia, no

sólo es una locura, sino una suciedad; no hace sentir emulación noble por las buenas acciones, porque sus personajes no cometen más que porquerías y canalladas; no consuela y conforta el ánimo, porque comienza en el lodo y acaba en un lago de sangre. Tales son los hechos. Si pasamos á los versos, es cierto que expresan con frecuencia los sentimientos más nobilísimos. *D. César* hace á cada momento frases sobre el respeto que se debe á las mujeres; la *reina* las hace también sobre las sublimidades del amor; *Ruy Blas* sobre los ministros que roban al Estado. ¡Muchas frases! ¡Todas las que se quierán! ¿Es acaso que sólo los versos están encargados de engrandecer nuestro espíritu? ¡Oh, Dios mío, sí! Y he aquí que hemos llegado al punto que yo quería; se trata simplemente de una virtud y un honor puramente retóricos. El romanticismo, el lirismo infiltrado en todas las palabras. ¡Palabras hinchadas, hipertrófi-

cas, estallando bajo la exageración barroca de la idea! El ejemplo no es para entusiasmar; en los hechos la demencia y la suciedad; en las palabras la pasión noble, la virtud intransigente, la honestidad superior. Todo esto no es más que un edificio lingüístico construido en el aire. He ahí el romanticismo.

Yo he estudiado muchas veces la evolución romántica, y es inútil que empiece otra vez la historia de dicho movimiento. Pero quiero insistir sobre este hecho que ha sido una pura algarada de retóricos. La misión de Víctor Hugo, misión importantísima, se reduce á renovar el lenguaje poético, á crear una retórica nueva. Se batió en 1830 sobre el terreno del diccionario. La lengua clásica se moría de anemia; los románticos vinieron á darle sangre para ponerla en circulación con un vocabulario desconocido ó desdeñado, con el empleo de todo un mundo de imágenes brillantes, por un nuevo modo de

sentir más interno y más vivo. Mas si se sale de esta cuestión de idioma, se ve que los románticos no se separan de los clásicos; como ellos, son deístas, idealistas; como ellos, falsean los seres y las cosas, colocándolas en un mundo convencional, en el cual hay dogmas, teorías y reglas. Los poetas de 1830 ensancharon el campo literario, queriendo colocar en él la figura del hombre, tal como es, con sus risas y sus lágrimas, dando un importante papel á la naturaleza, como hizo después Rousseau. Pero es lo cierto que esterilizaron las libertades conquistadas abusando de ellas, y saliéndose al primer intento de la realidad; si por ejemplo se preocupaban de la naturaleza en lugar de pintarla y estudiarla como un medio, como un complemento de los personajes, la falseaban á capricho, la llenaban de leyendas y de invenciones; lo mismo hacían con los personajes; se jactaban de estudiar al hombre tal cual es, y su primer cuidado era trasladarlo á una re-

gión ideal fraguando una mentira. Succedía, pues, fatalmente, que los clásicos con sus abstracciones, su mundo raquí-tico y muerto, eran aún más humanos, se aproximaban más á la verdad, eran más lógicos, más completos que los románticos, tenían un horizonte más vasto y muchos más elementos de vida. Una evolución realizada por los poetas líricos debía completar la obra; esto es lo que nosotros hacemos constar claramente en estos instantes. El lirismo en una literatura es la exaltación poética sustrayéndose á todo análisis, llegando á los límites de la locura. Víctor Hugo no es más que un poeta lírico; todo en él es de retórico genial, su lengua, su filosofía, su moral. Y no busquéis otra cosa en sus palabras, en sus rimas, porque, lo repetiré otra vez, si buscáis otra cosa, sólo encontraréis un caos increíble de errores, de contradicciones, de solemnes puerilidades, de pomposas abominaciones. Hoy día, cuando se estudia el movi-

miento literario anunciado después de los comienzos del siglo, el romanticismo aparece como el principio lógico de la gran evolución naturalista. Está muy justificado, y es muy natural que se produjeran primero los poetas líricos. Socialmente se explica su advenimiento por las sacudidas de la Revolución y del Imperio; después de aquellos desastres, los poetas se entregaron á sus sueños consoladores. Pero vinieron, sobre todo, porque literariamente tenían una misión que realizar. Esta misión era la de renovar la lengua. Era necesario dar nueva vida al viejo diccionario, refundir el idioma, inventar palabras ó imágenes, crear toda una retórica nueva que sirviera de fórmula de expresión á la sociedad nueva, y sólo los poetas líricos podían llevar á cabo esta obra. Ellos trajeron la rebelión del color, la pasión de la imagen con el sonido dominante de la rima. Eran pintores, escultores, músicos, que perseguían, ante todo, el sonido, la forma, la

luz. Para ellos la idea era cosa secundaria; su escuela era el arte por el arte, el triunfo absoluto de la retórica. Tal es el carácter esencial del lirismo: un canto, el pensamiento humano huyendo del método é introduciéndose en palabras sonoras. Puede decirse que el esplendor de nuestra lengua se debe á estos poetas. Suponed á los comienzos del siglo una literatura de sabios, ponderada, exacta, lógica y el idioma debilitado por trescientos años de uso clásico, hubiera sido un idioma sin vida, sin frescura. Hacía falta una generación de poetas líricos para adornar la lengua, para darle brillantez y vida. Este cántico de los cánticos del diccionario; este acceso de locura, de palabras que cabalgan sobre la idea, era sin duda alguna necesario. Los románticos vinieron oportunamente, conquistaron la libertad de la forma, forjaron el instrumento que luego debía ser útil al siglo. Todos los grandes Estados tienen por fundamento una batalla.

Más adelante veremos cuál era el Estado que había de fundarse, gracias á la batalla romántica. La retórica venció entonces; la idea se formula hoy gracias á la nueva lengua. Es necesario, pues, saludar á Victor Hugo como el poderoso obrero de esta lengua. Si en él el autor dramático, el novelista, el crítico, el filósofo, son discutibles, si el lirismo y la demencia sublime llega siempre á desequilibrar por un momento sus juicios y sus concepciones, á pesar de todo ha sido en todas partes el retórico de genio que acabo de estudiar. Tal es la razón de la soberanía que ha ejercido y que todavía ejerce. Ha creado una lengua y se apodera del siglo, no por las ideas, sino por las palabras; las ideas del siglo, las que le conducen, son el método científico, el análisis experimental, el naturalismo; las palabras son estas nuevas riquezas de términos exhumados ó inventados, estas imágenes magníficas, estos procedimientos soberbios

cuyo uso ha llegado á ser vulgar. Al principio de un movimiento las palabras aplastan siempre la idea porque hieren más. Victor Hugo se envuelve desde su juventud en un manto real, que él mismo se ha cortado en el terciopelo de la forma. Al lado de él, Balzac nos trae la idea del siglo, la observación y el análisis, y nos parece desnudo; apenas se le saluda. A este punto hemos llegado. Victor Hugo queda siendo un gran poeta, el más grande de los poetas líricos. Pero el siglo se ha separado de él; la idea científica se ha impuesto. En *Ruy Blas* aplaudimos al retórico. El filósofo y el moralista nos hacen sonreír.

II

Examinemos ahora la recepción de M. Ernesto Renan (1) en la Academia Francesa. Esta recepción ha sido también una gran fiesta literaria. Significa un triunfo para la libertad del pensamiento, y es necesario ante todo hacerlo constar. Para hacerme entender mejor, distinguiré entre el Renan de la leyenda y el Renan de la realidad. Es necesario recordar la publicación de la *Vida de Jesús*. Fué un verdadero acontecimiento. M. Renan era desconocido para la masa general del público. Tenía reputación de erudito y de lingüista que

(1) Para conocer á fondo á este célebre escritor, debe leerse el libro *Mi infancia y mi juventud* (Memorias íntimas), por Ernesto Renán, tomo 19 de esta misma colección. (N. DEL T.)

no pasaba de un mundo especial, y bruscamente, de la noche á la mañana, su figura se elevó sobre la Francia con el perfil terrorífico del Antecristo. Y se le representó semejante á Satanás con cuernos y rabo. El efecto de su obra fué inmenso, especialmente entre los clérigos; todos los curas de aldea hicieron sonar las campanas de sus parroquias como una especie de somatén religioso y le escomulgaron en sus sermones; los obispos lanzaron contra él órdenes y anatemas; el Papa palideció bajo su tiara. Se dijo que los jesuitas quemaban las ediciones de la *Vida de Jesús* á medida que el editor las iba poniendo en circulación, lo cual aseguraba una venta inagotable.

La emoción del público aumentaba al ver el furor del clero. Los devotos se persignaban asustados y amenazaban á sus hijos con M. Renan, como antes los amenazaban con el coco, en tanto que los indiferentes, aguijoneados por las mismas censuras, acabaron por leer

el libro dándole proporciones gigantes. Representaba el espíritu de la negación, simbolizaba la ciencia matando á la fe. En una palabra, nuestro siglo de análisis científico se encarnaba en él. Si á esto se añade que pasaba por un cura exclaustado, se completará la figura de este arcángel rebelde, Satanás moderno, vencedor de Dios, suprimiendo á Dios con el arma poderosa de su siglo.

Tal era el Renan de la leyenda, y tal sigue siendo para muchas personas. Si pasamos al Renan de la realidad nos sorprenderemos seguramente. El sabio sigue siendo un erudito; pero ha acabado en poeta. Imaginad un temperamento de creyente, un ser contemplativo que vive y se desarrolla envuelto en las brumas de una costa de Bretaña. Ha sido educado en las prácticas más severas del catolicismo; su primer deseo fué el de ser cura, y toda su educación, toda su instrucción se amoldaban perfectamente al sacerdocio. Llegaba

á París, entra en un Seminario, lleno el espíritu del sentimiento religioso y llena su imaginación de los ensueños místicos de su raza y del medio en que ha vivido. De pronto una idea surge en su cerebro. ¿Es el aliento de París que le ha contaminado? ¿Es que existía una secreta predisposición? El sólo podría decirnoslo, confesándonos sus pecadillos de chicuelo. Fuere lo que fuere, es indudable que el libre examen influyó en su ánimo. El cura había muerto por lo tanto. La historia es siempre la misma; primero la duda que hace vacilar, después el combate doloroso; por fin, un verdadero desgarramiento del alma. M. Renan, después de abandonar el Seminario, se refugió en el estudio de las lenguas. Pero lo que no había muerto en él era el idealista, el espiritualista. Todas las creencias de su juventud, combatidas y rechazadas, se habían acogido bajo un manto de tierna poesía. Hay en todo esto un caso bien curioso de la satisfacción tiránica de un

temperamento; no podía ser cura; sería poeta; su temperamento se contentaba con tal transacción. Sin duda alguna una naturaleza menos templada en la religiosidad, desarrollada en un medio menos vago, hubiera llevado al último extremo el análisis científico concretando más y más la fórmula de sus negaciones. M. Renan debía forzosamente quedarse á medio camino por una especie de mirada retrospectiva y constante hacia la perdida fe, y el vago contento de dudar de sus propias dudas. Esta transformación de la fe en poesía es lo que más le caracteriza. No es un creyente, pero tampoco es un sabio. Yo veo en él una transición humana. A mi juicio, el espíritu romántico ha influido en él.

Si, M. Renan es un panteísta de la escuela romántica. Se ha dicho que incluyendo á Dios en la humanidad, él no ha negado precisamente la divinidad de Cristo, puesto que le ha hecho aparecer como el más perfecto y el más

agradable de los hombres. No quiero perderme en los laberintos de la cuestión filosófica; no voy á examinar sus teorías de la formación lenta de una humanidad superior, de un grupo de Mesías intelectuales reinando sobre la tierra por la potencia de sus facultades. Me basta que sea deísta como Víctor Hugo, y que sus creencias, para ser más equilibradas, no sean menos que las fantasías del poeta lírico, tan llenas de afirmaciones y dogmas como la ciencia. Ni creyente ni sabio; poeta; tal es su etiqueta. Flota su espíritu constantemente en las vagas regiones de la contemplación. La idea nunca tiene en él ni solidez ni fijeza. Se adivina lo que él puede pensar, ¿pero lo piensa él realmente? Esto es lo que no se podrá decir, porque M. Renan se resiste á toda afirmación terminante. Y si dejando la filosofía pasamos al escritor, encontramos al romántico con todo su encanto y su poder. Sin duda no hay en él el mismo desorden sober-

bio de Víctor Hugo, el afán de la paradoja y de la antítesis, la monomanía de las sonoras palabras y las grandes imágenes. Es más bien la miel de Lamartine, un ensueño de religiosa beatitud, un estilo que tiene la voluptuosidad de la caricia y la unción de la plegaria. La frase se arrodilla y se envuelve en un vapor de incienso bajo la mística luz de las vidrieras del templo. Se adivina en seguida que M. Renan ha entrado en la catedral gótica del romanticismo, y que permanece en ella no como un creyente sino como un literato. Allí encontramos al poeta, deteniéndose en mitad del camino del erudito y del sabio, como detenido estaba ante las fórmulas filosóficas.

Esto completa definitivamente su personalidad.

He aquí, pues, el Renan de la leyenda y el Renan de la realidad. Hay que añadir que los fanáticos del catolicismo y los tontos que nunca tuvieron ideas propias, continúan huyen-

do de Renan como del Antecristo. Los años han pasado; se ha acabado por comprender que la *Vida de Jesús* es un hermoso poema que disimula bajo las flores del romanticismo algunas afirmaciones heterodoxas hechas por un artista y embellecidas por los más hermosos colores de la imaginación. Si se quiere sorprender el procedimiento de M. Renan, será suficiente comparar su libro con el del alemán Strauss, lleno de discusiones áridas y demostraciones más ó menos admisibles; nosotros encontramos aquí más que al erudito al sabio, un estilo sin ornamento alguno, porque la única gala es la verdad. Hoy día «el terrible Renan» se ha convertido para muchos en «el dulce Renan». Se le acepta como un melodista que ha sufrido la equivocación de elegir para su música un tema irrespetuoso; pero, en suma, la música es muy agradable. Es, pues, al melodista á quien la Academia Francesa ha abierto sus puertas. Quería llegar

esta conclusión; hago constar que la Academia ha festejado al retórico y no al sabio; la fiesta literaria se ha dado en honor de un poeta lírico.

Es necesario ser severos, porque en nuestros tiempos de hipocresía y de complacencias, solamente la severidad puede hacer viril á una nación. Sin duda la Academia, acogiendo á M. Renan, ha hecho una elección que por lo rara es excepcional. M. Renan, además de poseer una gran erudición, es uno de nuestros mejores prosistas. Literariamente vale más que cualquiera de los académicos tomados al azar de los sillones de la docta casa. Solamente que no conviene reputar su elección como el triunfo en la Academia de la fórmula científica moderna. Bajo la famosa cúpula no hay sino un poeta más. El verdadero triunfo hubiera consistido en nombrar á M. Renan después del éxito de la *Vida de Jesús*. Hoy día se le abren todas las puertas por su dulzura; no se sienta en su sillón con dos cuernos y el

rabo, se sienta coronado por las damas. Nadie le tiene miedo. No se debe, pues, hablar tanto del liberalismo de la Academia. Ha acogido á un escritor perfectamente. La ciencia moderna no tiene por qué cantar victoria como en las recepciones solemnes de Claudio Bernard y M. Littré.

Lo que me ha parecido más característico en el discurso de M. Renan, es el modo de aceptar los progresos de la ciencia, en un sentido tan idealista que los utiliza para continuar y en grandecer sus sueños. Es necesario citar un párrafo de su discurso de recepción: «El cielo, tal como se le conocía merced á los datos de la astronomía moderna, es bien superior al cielo de los antiguos, sustentado sobre pilares. En algunos instantes me embarga un melancólico recuerdo de los nueve coros de ángeles que sostenían los mundos, de ese mar cristalino que se extiende á los piés del Eterno, me conduce al fin pensando que el infinito,

el cual penetra nuestro ojo, es un infinito real mil veces más sublime á los ojos del verdadero contemplador que todos los círculos azules del paraíso de Angélico de Fiesoli. El químico y el cristalógrafo han analizado hasta los menores átomos de la materia; la ciencia acaba con la fábula, pero el triunfo de la ciencia es el triunfo del idealismo.» Fijad bien en vuestra memoria esta exclamación, porque es verdaderamente típica. Es el vuelo del poeta que consentirá de buen grado en marchar con la ciencia por las regiones de lo desconocido á condición de que se le deje soñar acurrucado en un rincón. Como el mismo M. Renan hace constar en su discurso, un sabio no admite lo desconocido, lo ideal, sino como un problema cuya solución ha de encontrarse más ó menos tarde. Nueva prueba de que M. Renan no es un sabio, también á él le hace falta «su rincón», y se refugia en él para seguir soñando.

Así es como «el triunfo de la ciencia es el triunfo del idealismo». Ya conocía yo la frase por haberla oído emplear con mucha frecuencia como un argumento supremo. Es el refugio de los idealistas que no niegan las ciencias modernas. Como ellos cuentan con que un punto del misterio de la materia y de la vida quedará siempre en la oscuridad, hacen ciertas concesiones pensando que ha de quedarles siempre ese punto como asilo inespugnable. Constituye esto una fe en el ideal bien elástica. Tengo en poca estima, filosóficamente hablando, á estos soñadores *enragés* que á cada nueva etapa de la ciencia se detienen para fantasear un poco á su sabor antes de seguir adelante. M. Renan es uno de estos poetas del ideal que siguen á los sabios, aprovechándose de cada alto para coger algunas flores.

Y repárase que su gran éxito —hablo del éxito popular—lo consiguió merced á su retórica. En Alemania,

Strauss, encerrado en la sequedad de su argumentación, impresionó simplemente á un público especial de eruditos y teólogos; la masa general permaneció indiferente. Por el contrario, M. Renan en Francia, con ser sus negaciones mucho menos terminantes, apasionó á todo el público con las flores de su retórica. Una prueba más del poder de la forma. El éxito de la *Vida de Jesús* reviste los mismos caracteres que el éxito del *Ruy Blas*; es la frase, el sonido, el color, seduciendo á todo un público de artistas por la impresionabilidad de los sentidos. Todo se reduce á un efecto nervioso, material.

Cuando un retórico es verdaderamente genial, reina, sin género de duda, sobre las muchedumbres, y las conduce por donde quiere. Un sabio convencerá á su auditorio, el poeta entusiasma á sus mismos adversarios. Esto explica los delirios del romanticismo durante la primera mitad del siglo. Hoy día seguimos aplaudiendo;

pero la poesía lírica nunca nos llega al alma, no pasa de las orejas.

Hay que decir, por lo tanto, en voz alta, que el éxito de la forma es pasajero. Se aplaude al escritor, pero se le mira con indiferencia desde el momento que quiere pasar por sabio y pensador. Y en esto consiste el castigo para los tímidos que no se han atrevido a seguir los progresos de la idea y que han ocultado la verdad desnuda, jactándose de una habilidad diplomática. Si; estas finezas, este procedimiento de no decir más que las verdades agradables y bien vestidas, este equilibrio lleno de arte que no es lo falso, pero que tampoco es lo verdadero, toda esta táctica hipócrita se vuelve en cualquier ocasión contra aquellos que la emplean por cálculo ó por temperamento. Un día, después de haber sido aclamados, se encuentran completamente solos; han alcanzado la celebridad, es cierto; se les ha cargado de honores y de recompensas, pero su re-

putación carece de base y de importancia y nunca tendrán derecho á ambicionar la gloria indestructible de los grandes pensadores y de los grandes sabios.

No soy yo solo el que tiene estas opiniones. Encuentro un juicio crítico muy severo que me ha causado gran sorpresa, y lo copio sin comentario alguno: «Un hombre como M. Renan debería tener alguna influencia sobre su tiempo, y no tiene ninguna. Nadie le ha tomado en serio... En vano aborda los más terribles problemas; nadie admite sus soluciones; todo el mundo se sonríe cuando el filósofo reclama la atención del público para un asunto grave.

Sólo subsistirá, pues, el escritor; se dirá que ha conocido todos los secretos de la lengua y que entre los instrumentistas del día ha sabido dominar los trinos de todos los demás. La posteridad le colocará entre los ilustres inútiles, entre aquellos que en un si-

glo de análisis y de lucha tomaron el partido de entregarse á las delicias de los sueños campestres. »

III

Por una ironía del destino, el nuevo académico tuvo que encargarse del elogio de un académico muerto cuyo temperamento era diametralmente opuesto al del panegirista. Esto es lo que acaba de ocurrir. Se ha podido ver á M. Renan, el retórico, el poeta, arrojar todas las flores de sus frases sobre la vida y la gran obra de Claudio Bernard, el sabio que ha hecho depender toda su fuerza del método experimental. El espectáculo es demasiado curioso para no llamar la atención. Por otra parte, deseo poner frente á frente de la figura severa de Claudio Bernard, las figuras de Víctor Hugo y de M. Renan. La

ciencia enfrente de la retórica, el naturalismo enfrente del idealismo. Necesito este punto de apoyo. En seguida podré emitir mis juicios. Lo mejor de todo esto es que yo no tendré que mezclarme en nada. El mismo M. Renan me proporciona, con su discurso de recepción, todas las citas que me sean necesarias. Encuentro en él gran número de argumentos decisivos favorables al naturalismo. Me bastará copiar algunas frases y comentarlas en unas cuantas líneas.

Antes reseñaré brevemente la vida de Claudio Bernard. Nació « en la pequeña aldea de Saint-Julien, cerca de Villefranche, en una casa á la cual siempre conservó cariño. » Habiendo perdido á su padre, fué educado por su madre, y recibió las primeras lecciones del cura de la aldea. Fué luego á un colegio de Villefranche y *debutó* después como mancebo de una botica en Lion. Soñaba ya en la gloria literaria. « Probó á escribir y alcanzó un peque-

ño éxito en el teatro de Lion con un *vaudeville* del cual nunca quiso decir el título. Después vino á Paris trayendo en su equipaje una tragedia en cinco actos y una carta. » La carta estaba dirigida á M. Saint-Marc Girardin, que le aconsejó abandonar la literatura. Entonces Claudio Bernard halló su verdadero camino. Encontró á Magendie, que le hizo su discípulo preferido. Sus luchas fueron largas y terribles. Bien conocidos son sus maravillosos trabajos, sus descubrimientos que han engrandecido el campo de la fisiología. Dejo hablar á M. Renan: « Las recompensas llegan lentamente para esta gran carrera, aunque verdaderamente podía pasarse muy bien sin ellas porque ella misma era recompensa bastante. Vuestro compañero pasó por los rudos comienzos de la vida del sabio y consiguió muy tarde sus dulzuras. La Academia de ciencias, la Sorbona, el Colegio de Francia, el Museo, tuvieron á gran honra el contarle entre sus

ministros. Más tarde, el emperador Napoleón III le concedió un asiento en el Senado, mostrando gran empeño en que lo aceptase. »

Este fragmento de la biografía es suficiente para establecer un paralelo entre Claudio Bernard y M. Renan. Fijaos en el punto de partida; los dos han sido educados por un cura; solamente que el primero ha crecido tierra adentro, mientras que el otro ha respirado desde la infancia entre las brumas del Océano. En seguida las diferencias de temperamento se manifiestan; M. Renan, de naturaleza poética y religiosa soñando con ser cura, y más tarde, á pesar de su erudición, á pesar de sus negaciones, no puede desprenderse del más completo de los espiritualismos. Claudio Bernard, de espíritu exacto, va derecho á la ciencia experimental y no tiene más que una aspiración: llegar á la verdad de incógnita en incógnita. Lo más característico en él es su tentativa literaria. Su tragedia era detes-

table; el retórico no podía ser peor. Tenía que ceñirse á una fórmula literaria donde sus facultades de observación, su análisis, su lógica, no le servían de nada. Luchaba en el estrecho círculo de la literatura clásica como hubiera luchado en la literatura romántica, y después no tuvo más refugio que la ciencia. El mismo M. Renan lo dice: «El tiempo era más favorable á una literatura de escaso valor que á las investigaciones donde no pudieran tener cabida las frases bellas y los artificios retóricos.» Estas líneas hacen sonreír. Se piensa inmediatamente que M. Renan ha encontrado el medio de escribir frases bellas sobre las indagaciones que no se prestan al estilo lírico. Pero se ven claramente las razones que llevaron á Claudio Bernard al campo científico.

Tratemos ahora la cuestión de estilo: M. Renan insiste mucho sobre esta cuestión empleando hermosas frases. «El verdadero método de investigación,

suponiendo un juicio recto y sano, entraña las sólidas cualidades del estilo. Tal memoria de Letronne y de Eugenio Burnouf, extrañas en apariencia á los primores de la forma, es un *chef d'œuvre*, á su manera. La regla del buen estilo científico es la claridad, la perfecta adaptación al sujeto, el completo olvido de sí mismo, la abnegación absoluta. Bien es verdad que esta es también la regla para escribir bien acerca de cualquier materia. El mejor escritor es aquel que al describir *al sujeto* se olvida completamente de él mismo para dejar al sujeto que hable.» Y más adelante: «Era escritor, y escritor excelente, precisamente porque no pensó jamás en serlo. Tiene la primera cualidad del escritor, que es la de hacer abstracción de sí mismo. Su estilo es su propio pensamiento, y como este pensamiento es siempre grande y vigoroso, el estilo es siempre grande, sólido y vigoroso. El retórico es tan recomendable como el sabio, porque

descansa su forma literaria sobre la base del estilo de lo verdadero, sobrio, proporcionado á lo que trata de demostrar, fundamentado en la lógica, base única, base eterna del buen estilo.» Añade luego: «Es necesario remontarnos á nuestros maestros de Port-Royal para encontrar una sobriedad semejante, una ausencia tal de todo deseo de brillar, el desdén por los procedimientos de una literatura mezquina, que sustituye con inútil palabreo lo austero de la verdad.» Jamás hubiera yo osado condenar la retórica romántica en términos tan severos, M. Renan, arrastrado por la verdad, olvida el palabreo inútil con que ha falseado la austeridad de la *Vida de Jesús*. ¡Qué lejos nos hallamos de las tiradas del *Ruy Blas* al hablar de lógica «base única, base eterna del buen sentido». He aquí el instrumento de la verdad, el instrumento del siglo. El lirismo, sus penachos de palabras sonoras, su música de órgano

y sus vuelos no son más que un delirio, una demencia de espíritus extáticos, arrodillados ante lo ideal, temblando que se les prive de aquel rincón ya citado, refugio misterioso de la fantasía. Llego al punto más importante de la querrela, á la guerra declarada por la ciencia á lo ideal, á lo desconocido. He aquí el gran papel de Claudio Bernard. Ha buscado las fuentes de la naturaleza; ha resuelto los problemas mediante la experiencia, apoyándose en los hechos y haciendo retroceder lo desconocido á cada paso suyo. Escuchad á M. Renan: «La más alta filosofía resulta de los hechos que se hacen constar con inflexible rigor. Como ley suprema del Universo reconocía Bernard lo que él llama el *determinismo*, es decir, el enlace inflexible de los fenómenos sin que ningún agente extranatural intervenga nunca para modificar la resultante. No hay en esto, como se ha dicho con frecuencia, dos órdenes de ciencia; la una de pre-